



Un asunto pendiente

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Un travail à finir*

En cubierta: fotografía © Oleg Elkov / iStock

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Éditions Viviane Hamy, 2018

© De la traducción, Susana Prieto Mori

© Ediciones Siruela, S. A., 2026

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 979-13-88032-11-0

Depósito legal: M-3.498-2026

Impreso en Gráficas Dehon

*Printed and made in Spain*

Papel 100% procedente de bosques gestionados  
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Teresa Cardona y Eric Damien

UN ASUNTO PENDIENTE

Traducción del francés de  
Susana Prieto Mori

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

## Prólogo

—Camina —ordenó mientras azotaba suavemente el flanco del burro con una vara de madera.

En una hora, quizás algo menos, llegarían a Bir Meridj. Una vez pasado el pueblo, les bastaría seguir el camino que se adentraba en el desfiladero de Madj Eragh y del otro lado estaría Túnez. Allí estarían a salvo.

Le pareció oír un ruido, como un derrumbe lejano. Hizo que el animal se detuviera, aguzó el oído, no percibió más que el murmullo del viento y se dijo que debían de ser los nervios. Pero se dio la vuelta y comprendió que sus ojos no lo engañaban. Una columna de humo se alzaba sobre el pueblo que habían dejado atrás aquella misma mañana.

Cuando la brigada entró en la calle polvorienta que llevaba al centro de la aldea, los habitantes creyeron saber lo que les esperaba. Se quedaron inmóviles y pusieron las manos detrás de la cabeza antes de que nadie les dijera nada. El pueblo estaba cerca de la frontera y no era la primera vez que llegaban soldados de improviso. Habitualmente registraban las aldeas, una tras otra, y si por casualidad daban con una pistola vieja o encontraban el rastro de algún *fellagha*<sup>1</sup> que se hubiera alojado allí, prendían fuego a las viviendas y a los cobertizos, detenían a algún sospechoso, a quien no se le volvía a ver jamás, y se marchaban dejando tras ellos a una población aterrada y un pueblo medio arrasado.

Sí, habitualmente eso es lo que habría pasado.

<sup>1</sup> Guerrillero de los movimientos de liberación nacional en Argelia.

El oficial que estaba en el Jeep que iba a la cabeza, un capitán, a juzgar por los tres galones dorados que adornaban su hombrera, hizo señal de detenerse levantando la mano por encima del parabrisas. Los vehículos se inmovilizaron con un chirrido de frenos. Los soldados saltaron de la parte trasera de los camiones y rápidamente tomaron posiciones en torno a las casuchas que componían la aldea.

—Traédme los y registrad la ratonera —ordenó el oficial.

A punta de fusil, algunos soldados reunieron a los lugareños, mientras otros echaban abajo las puertas de las casitas de adobe para asegurarse de que nadie se escondiera en el interior. Al cabo de unos minutos, todo el pueblo se encontraba en el terraplén del centro del pueblo, rodeado por los soldados armas en ristre.

El jefe del pueblo, un anciano que caminaba apoyado en una muleta de madera, se adelantó.

—Aquí no escondemos nada ni a nadie, capitán. No tenemos armas —aseguró.

—¿En serio? —preguntó el oficial en tono falsamente tranquilo mientras hacía restallar una fusta de cuero contra la palma de la mano—. Ayudáis a los *fellaghas* en cuanto...

—No, capitán, no...

—¡Cierra el pico! —gritó el oficial y golpeó violentamente al anciano con la fusta—. ¡No me interrumpas!

Brotó un chorro de sangre que cayó formando vetas en el suelo. El anciano se llevó la mano a la cara.

—¿Está todo el mundo aquí? —preguntó el oficial a un soldado.

Este confirmó con un gesto de asentimiento.

—Bien. Ponedlos en fila.

Un soldado trazó una línea en el polvo del suelo con la culata del fusil, mientras los demás ordenaban a los lugareños que se alinearan y golpeaban a los que tardaban en obedecer. Cuando estuvieron todos en una hilera, el capitán se acercó y recorrió la fila mirándolos de arriba abajo. Se detuvo ante un hombre de rostro arrugado.

—Ha estado aquí, ¿verdad? —preguntó en árabe.

El indígena no respondió. El oficial apretó los labios, hizo chasquear la fusta contra el muslo y reanudó la inspección. Al pasar ante un adolescente que bajaba la mirada, se detuvo de nuevo y, con la punta de la fusta, le hizo alzar la cabeza.

—Tú tampoco sabes nada, claro.

El chico lo miró, encogió los hombros y negó con un gesto inseguro. El oficial sacó su arma de la funda y la acercó a la frente del muchacho.

—¿Nadie sabe nada? —dijo sin dirigirse a nadie en particular—. ¿Nadie, de verdad? En ese caso, no nos sirves...

Restalló una detonación seca y las piernas del chico se doblaron.

—¡Walid! —gritó una mujer y se precipitó hacia él.

El capitán giró sobre su eje, estiró el brazo y apretó el gatillo. La madre se derrumbó con un ruido sordo.

—¡Qué coñazo! —rezongó mientras enfundaba la pistola—. Ya hemos perdido bastante tiempo, hay que limpiar.

—¿A fondo? —preguntó un teniente.

—A fondo.

No hacía falta decir más. Todo el mundo conocía el significado de la expresión y los soldados empezaron a separar a los habitantes del pueblo sin miramientos. Mientras amenazaban a las mujeres para que estuvieran quietas, forzaron a los hombres, adolescentes y ancianos, a amontonarse en un granero a fuerza de culatazos en la nuca o los riñones. Cuando estuvieron todos dentro, bloquearon las puertas.

—¿Qué pasa? ¿A qué esperáis? No vamos a pasar la noche aquí.

Se llevaron las manos al cinturón, soltaron granadas y quitaron las anillas. Antes de que los prisioneros pudieran darse cuenta, varias explosiones sacudieron la barraca. El tejado de paja se vino abajo. Se elevaron en el aire ardiente gritos ahogados y los gemidos perforaron las paredes. Cuando los soldados se preparaban para volver a tirar de las anillas, el capitán los detuvo.

—No merece la pena malgastar munición. Mejor le prendéis fuego —ordenó.

Cuando el granero se incendió, los gritos de espanto de los que habían sobrevivido cubrieron los de las mujeres y los niños que presenciaban la escena. Se elevó una densa humareda negra y un olor acre se extendió por las callejuelas.

Los soldados se volvieron entonces hacia las mujeres y las hicieron desnudarse. Forcejeando, una de ellas arañó a uno profundamente en la mejilla. Sangraba.

—¡Zorra! —gritó escupiéndole a la cara, antes de sacar su arma y pegarle un tiro en la cabeza.

—¿Qué hacemos con la mercancía caducada, capitán?

—¿Qué queréis que hagamos? ¿Llevárnosla? Por mí, como si la tiráis al pozo.

—¿Y los niños?

—*Fellaghas* en potencia —juzgó el oficial—. ¡Venga, tiro al plato! Tú mismo, a ver cómo corres —dijo en árabe a un niño y acompañó sus palabras con un gesto de la mano.

El niño vaciló, dio unos pasos inseguros.

—¡Corre! —ladró el oficial—. Voy a contar hasta diez.

El niño entendió lo que le pedían y echó a correr.

—Uno... Dos... Tres...

El capitán cogió el fusil de un soldado que estaba junto a él, encaró, apuntó. Resonó un disparo; el pequeño se desplomó levantando una nube de polvo a su alrededor.

—Mierda, habíamos dicho hasta diez, ¿no? —fingió lamentarse el teniente.

—No pasa nada —replicó su superior encendiendo un cigarrillo—, nos quedan muchos.